

*El paraíso quedó agitando un pañuelo,  
sin músculo evidente, con un gesto ajeno.  
Baranda de buque; balcón que se aleja;  
dársena en penumbra; ojos niños yermos.*

-----

El exilio de sus padres -y el propio- para un niño de nueve años es puro desconcierto. Una alucinación. Un despojo.

Yo sabía o, mejor, presentía, que mi padre era rojo, que mi abuelo había sido rojo, que mi familia estaba teñida de ese color radical, rotundo, inquietante (más tarde, ya lejos, supe el resto y los detalles). Además, me lo hacían saber, me lo gritaban, los otros niños al menor atisbo de altercado infantil.

El indeseable itinerario comenzó para mí con un aviso, una tarde, en la peluquería de Inocencio, cuando, esperando mi turno, escuché de la boca ingenua de Milucho aquel anuncio lacerante: "*el que tiene suerte es Lanito, que se va para América*".

A los pocos días, camión que parte en una noche cerrada camino hacia Vigo; luces de mi pueblo que se pierden en un recodo; puerto expulsor; barco italiano; océano abismal; mar marrón (que después supe que era río); ciudad hostil de destino y, a poco de llegar, "igallego de mierda!", estilete oral para despejar dudas.

Y a partir de allí, un crecer inercético, casi ajeno, con el retorno por horizonte y por bandera.

Y, entretanto, la búsqueda de paliativos: agruparse en entidades de la emigración; practicar el folclore; hablar en gallego con quien se pudiera; en suma, abroquelarse, cobijarse entre los partícipes del transtierro, emigrantes o exiliados, como en una comunión de la pena.

Pero, también, reproducir en la lejanía, bajo la forma de discusiones y peleas, la disputa cainita que se había colado en las maletas sin visos de abandonarnos.

Y así, año tras año, abrigando el ansia permanente de que aquel régimen criminal acabara.

Y un día acabó...

A mi padre lo pilló en postrimerías. No le dio tiempo la muerte para volver adonde debía volver.

Y aquí quiero dejar constancia de un fenómeno íntimo difícilmente expresable, que puede aparecer como paradójico o como una parábola perversa: con el paso del tiempo fuera del país, en un momento impreciso, insensible, algo perturbador acontece. El deseo vehemente de regresar se congela. El desarraigo se encarna y ya es imposible el retorno aunque se vuelva. Puedo testimoniario con toda crudeza porque lo he experimentado. Cuando el desarraigo se arraiga no hay regreso posible. Y así se cierra el círculo del doble daño emotivo/afectivo que no sabe de realidades concretas.